

gente pagada, y paresciéndoles dezir algo encarescen el papel, no mirando que el gato y el ratón, y el perro y el lobo no se pueden iunzir para arar con ellos. (pp. 90-91)

Con esta poco bucólica imagen, nuestro autor se atreve a negar la eficacia real de la religión como causa política. La opinión general habla de la *Cristiandad*, entendiendo que la creencia compartida por tantos pueblos es un vínculo inquebrantable. Para nuestro autor, en cambio, está claro que el factor que mueve a esos nacientes estados modernos es su propio interés y no vagos ideales de cruzada, lo que hace a esos pueblos tan distintos entre sí como esas familias de animales: lobos, perros, gatos y ratones... el autor ha ido a escoger nada menos que especies enemigas por naturaleza. ¿Pero no era así el mapa político de esa Europa suicida donde la guerra era el hábito y la paz un raro sueño de unos cuantos humanistas, donde las alianzas y enemistades entre cristianos (¡Francia con el Turco! ¡el Papado contra el Emperador!) se formaban y se desbarataban como castillos de naipes?

La idea de una Dedicatoria contradictoria en apatencia no es única. Un ejemplo similar y expresando la misma idea lo encontramos sin ir más lejos en el *opus magnum* del doctor Andrés Laguna, candidato de Bataillon a la autoría del *Viaje*. En el prólogo a su *Dioscórides*, dedicado también a Felipe II, Laguna alaba el sentimiento de expansión imperial del monarca: «vos nos allanaréis el camino que podamos como por nuestras casas, hollando aquellas naciones bárbaras, caminar por todo el Oriente y contemplar y aún traer por vuestros divinos triunfos aquellas divinas plantas».²⁴ Hasta aquí el sentimiento general, pero más adelante el autor se refiere a un ejemplo del orden natural digno de imitación humana, y discurre así:

Allégase a todo lo dicho que las plantas nos dan claro ejemplo para ejercitar equidad y Justicia, pues vemos que cada una de ellas permanece en su propio asiento en el cual fue transpuesta y sembrada, sin usurpar o invadir el sitio de sus vecinas; y aun algunas, dándonos singular muestra de caridad y de benevolencia, suelen acoger y albergar en sus propios senos otras plantas que no consintió en sí la tierra, como consta del larice, que deja crecer en su tronco el agárico; del cisto, que permite entre sus raíces arraigarse la llamada hipocístide; del lino, que en sí mismo retiene y apacienta la cabelluda casuta, y finalmente del pacientísimo roble, que en su copa consiente al muérdago y le deja injerirse en sus propios ramos.²⁵

Con este encantador símil botánico, Laguna revierte el pensamiento tópico en favor de otro más personal, acorde al que ya ha expresado en su *Discurso sobre Europa*. Caridad y benevolencia, dos ejes del pensamiento erasmista, son cualidades morales que hay que buscar en el reino vegetal, a falta de príncipes cristianos que las practiquen. La imagen, cargada de intención es inequívoca, y para que así lo entienda quien leyere el texto, Laguna añade más adelante el precedente histórico. Dignos son de admiración, dice, aquellos Augustos Emperadores de Roma, «porque no eran tan solícitos y curiosos de acrecentar los límites del Imperio, como de conservar la sanidad de los súbditos.»²⁶ La gente puede seguir soñando con inminentes cruzadas contra el gran enemigo, pero el autor del *Viaje* y Laguna no se dejan engañar y ponen el dedo en la llaga

²⁴ Andrés Laguna ed., trad. y coment., Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal (*Salamanca*, 1570), p. XXIV.

²⁵ *Ibid.*, p. XXV.

²⁶ *Ibid.*, p. 4.

con su diagnóstico: el mal está en casa; la verdadera enfermedad es la propia debilidad.²⁷ Urdemalas vuelve al asunto, ratificando las palabras de la Dedicatoria:

si nuestro invictísimo César tubiese tiempo de poder ir contra este ejército, con sólo el diezmo de gente que llebase quebraría los dientes al lobo, sino que, parte él estar empedido en estas guerras de acá, que no le dexan executar su deseo, parte también nuestra cobardía y poco ánimo, por las ruines informaciones que los de allá nos dan sin saber lo que se digen, les da a ellos ánimo y victorias. (p. 424).

Mata no puede sino asentir: «Poco veo que ganamos con todas sus discordias, como ellos han hecho con las nuestras» (p. 437). He aquí pues el primer mito hecho añicos. De la supuesta amenaza del Turco hemos pasado a la amenaza real del fratricidio cristiano.

A Turquía se la llama en la Dedicatoria con los calificativos habituales: «monstruo turquesco, vituperio de la naturaleza humana.» El lector debe esperar pues en el texto que sigue un contenido que ratifique y razone convincentemente las causas o las manifestaciones de ese perverso pueblo. Pero esperará en vano. En lugar de oprobio y condena, Urdemalas extiende ante sus ojos una visión de Turquía comprensiva, coherente e incluso en no pocos casos entusiasta. El autor del *Viaje* se encarga literalmente de desmentir sus palabras iniciales a lo largo de más de cuatrocientas páginas. Bien pudo ser ésta una razón de peso por la que el autor decidió esconderse en el anonimato; esa visión positiva del enemigo es un desafío contundente a la opinión pública, y el autor del *Viaje* es consciente de ello.²⁸ Urdemalas profesa un desacuerdo total con los relatos de cautivos y viajeros que regresan de Turquía echando las pestes habituales de los turcos: «como cada uno que viene de la feria quenta según que le va en ella, disfámanlos si no lo hizieron bien con ellos, y dizen que son crueles y bárbaros y mill males» (p. 406). De la misma manera Urdemalas más de una vez sale al paso de ese prejuicio antiturco común en España. Una anécdota basta para que Votoadiós lo saque a luz: «¡Oh de la bestial jente!» (p. 262). En ese caso, sigue característicamente la corrección a cargo de Urdemalas: «No es sino buena y belicosa» (Id.). Contra la opinión negativa de la realidad turca, predominante entre los cristianos y que en nuestro texto encarnan Votoadiós y Mata, Urdemalas ofrece la suya, tan positiva, reclamando siempre la posesión de una verdad que respalda con argumentos, explicaciones, analogías y cuantas armas de convicción tiene a su alcance. Urdemalas esgrime como sabemos un conocimiento directo de la materia: ha recorrido todos los niveles sociales de Constantinopla, desde los cautivos hasta el sacrosanto Serrallo que sólo él ha conseguido penetrar; se ha relacionado con todo tipo de gentes mediante su don de lenguas; conoce por último los entresijos de la política turca al más alto nivel, gracias a sus años de servicio junto a Sinán Bajá.

²⁷ Como señala J. L. Abellán, también Laguna insiste en su *Discurso sobre Europa en el enemigo interior*, sin apenas mencionar el exterior, como responsable de los males que aquejan a la desolada Europa. *La guerra es fratricida, y eso es lo verdaderamente alarmante* (Historia crítica del pensamiento español, Madrid, Espasa-Calpe, 1979; II, 91).

²⁸ M. Bataillon, Laguna, auteur, p. 68. A. Mas señala la diferencia que existe entre obras como la *Palinodia* y el *Viaje*. *Las del primer tipo «répondent à l'esprit anti-turc qui se manifeste de manière généralisée au cours de la première moitié du XVII^e siècle. Par contre, pour le Voyage, l'incertitude est grande sur le véritable sens de l'ouvrage. Quel abîme entre le ton de l'épître dédicatoire et le reste du livre!»* (Les Turcs, I, 130). J. J. Kincaid se refiere a esta visión favorable de los turcos con menos reservas que Mas, y aunque no estudia el tema define la actitud del autor como «outright enthusiasm for the infidel» (Cristóbal de Villalón, Nueva York, Twaine, 1976, p. 59).

Con todo ello se propone dar una visión global de la vida en Turquía, desde los alimentos más simples hasta las ceremonias más solemnes. Su manera de llevarlo a cabo obedece a dos presupuestos: la visión estructural y el comparativismo.

Por visión estructural entendemos aquella que integra todas las facetas de una sociedad en una estructura coherente, relacionando todos sus elementos en mutua dependencia. Es innegable la fuente médica de este método, creado por el genial tratado de Hipócrates *Sobre aires, aguas y lugares*. El principio en que se basó Hipócrates fue que las sociedades son agrupaciones humanas insertadas en un medio físico particular, a cuyas condiciones propias se adaptan.²⁹ Las actitudes sociales han de entenderse pues como una respuesta adecuada a ese medio, que se articula en hábitos colectivos. «Todas las cosas consisten en costumbre» (p. 381, subrayado mío), repite una y otra vez Urdemalas.

El comparativismo es una noción intelectual complementaria de la visión estructural. Dado el presupuesto de que las sociedades son adecuaciones diferentes a medios ambientales diferentes, la comparación de culturas se establece en términos objetivos de igualdad. Este método borra la tendencia prejuzgada de creer que lo propio —en este caso lo español— es lo bueno, lo *normal*, por oposición a lo extranjero como lo *anormal* y erróneo. Este es un elemento esencial en la visión que de Turquía hace el *Viaje*. El Turco es el infiel para los cristianos, pero, como advierte nuestro autor en la Dedicatoria, todo depende de la perspectiva. ¿Qué piensan ellos de los cristianos? «Llámannos ellos a nosotros paganos y infieles» (p. 93). La extrañeza de occidente por los usos de los orientales puede revertirse con facilidad: «la música de trompetas que nosotros llevábamos en las galeras, que es cosa de que ellos mucho se ríen porque no usan sino clarines» (p. 155). Mata aprenderá la lección, y al modo en que Sancho llega a rectificar a Don Quijote en cuestiones de caballería, al referir Urdemalas que la biblioteca del médico del Gran Turco valdría unos 5.000 ducados pero que él no daría cuatro reales por ella, agudamente le comenta su amigo: «Tampoco daría él dos por la vuestra» (p. 397). Por otra parte, existen fenómenos en Turquía difícilmente condenables, dado que son de condición universal. A la pregunta maliciosa de Mata sobre si existen prostitutas en Turquía, Urdemalas le responde: «Désas nunca hay falta donde quiera» (p. 164), idea sobre la que vuelve más adelante: «No penséis que tiene de haber pueblo en el mundo sin putas y alcauetas, y en los mayores pueblos más» (p. 444).

Esto no significa que no exista lo bueno y lo malo. Al contrario, el comparativismo estimula el aplauso y la crítica de los aspectos positivos de un pueblo al ponerlo en relación con los equivalentes de otro. Pero si se favorece a uno esta elección viene justificada racionalmente, y no por simples prejuicios religiosos o políticos. La comparación permite además superar la mera crítica de algo, ya que con ella viene aparejado un ejemplo que el autor presenta como modelo factible de corregir una situación. Se trata pues

²⁹ Galeno escribió el tratado *Quod animi corporis temperaturam insequantur* en el que comenta y amplía las ideas de su maestro Hipócrates. En el Renacimiento Juan Huarte de San Juan resume así su teoría: «que las costumbres del ánima siguen el temperamento del cuerpo donde está, y que por razón del calor, frialdad, humedad y sequedad de la región donde habitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las aguas que beben, y del aire que respiran, unos son necios y otros sabios, unos valientes y otros cobardes» (Examen de ingenios para las ciencias, ed. Esteban Torre, Madrid, Editora Nacional, 1977, pp. 88-9).